

La ciudad contemporánea y la comunicación: el comunicólogo como *flâneur*

Josep Lluís Gómez Mompert
Universitat de València

Una de las partes de la exposición (CaixaForum de Barcelona:19/09/0-04/01/09) titulada «Seducción, modernidad y utopía», dedicada al gran artista eslavo Alphonse Mucha (1860-1939), creador y divulgador mediante sus carteles y pinturas del Art Nouveau, se refería a «la metrópolis como escenario». Y esa metrópoli estaba vinculada a una civilización urbana, cosmopolita y moderna, singularmente contextualizada en la Exposición Universal de París de 1900. Ese París como escenario no era otro que el de una sociedad de cultura y comunicación de masas —como bien describió y relató Walter Benjamín al respecto de la capital francesa de las últimas décadas del siglo XIX— y así ha sido con sus continuas transformaciones a lo largo casi todo el siglo XX.

Hay decenas de maneras de entender la ciudad, pero muchas menos de relacionarla con la comunicación. Un estado del arte a los presupuestos teóricos del campo comunicativo en relación con la ciudad lo ha efectuado Marta Rizo García (2005); una compilación, emparentándola asimismo con la cultura, la ha recogido Tanius Karam (2005) y, con anterioridad, otra para pensar la ciudad —en particular la colombiana— Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (1996). También hay múltiples maneras de plantearse cómo abordar la labor del estudioso de la ciudad y la comunicación. No tengo la pretensión de plantear ni la mejor manera ni siquiera la más útil, pues muchas pueden ser válidas si se hacen con rigor y entrega, con inteligencia y pasión, como por ejemplo la propuesta de Rossana Reguillo (1995) en «Pensar la ciudad desde la comunicación». Queremos, pues, completar y desarrollar los planteamientos que presentamos en el IV Congreso de ALAIC (Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación), celebrado en Recife (Brasil) en 1998, con la ponencia: «La configuración mediática de la ciudad contemporánea».

Desde mi condición de historiador de la comunicación, viajero de siempre y amante de las ciudades, me propongo tan sólo sugerir acercarnos a

la ciudad y la comunicación contemporánea como viajero urbano, recuperando la ingeniosa tarea que realizó Benjamin en su *Libro de los pasajes*. En definitiva, proponer el comunicólogo en tanto que *flâneur*¹ o, dicho de otro modo, como paseante histórico de la ciudad.

2.1. La ciudad contemporánea y la comunicación

La ciudad contemporánea es un excelente laboratorio de estudio y ensayo representativo de las denominadas sociedades de cultura y de comunicación de masas (SCCM).² Partiendo de esa premisa, vamos a revisar someramente —siguiendo a Pierre Ansay y René Schoonbrodt, *Penser la ville* (1989)— una serie de pensadores muy significativos, algunos pertenecientes al pasado, otros al presente, que se vienen planteando desde hace tiempo el tema de la ciudad y —en cierta manera— su relación con la comunicación. De este modo pretendemos acercarnos históricamente al papel y la función que la ciudad ha tenido, desde la perspectiva cultural y también desde la perspectiva comunicativa, aunque ésta lo sea en diferentes grados por la misma evolución de la ciudad, pero siempre incardinada a la cultura urbana precisamente por el significado de la ciudad en sí misma. Es importante enfatizar este aspecto, porque en ocasiones parece que la relación entre la ciudad y la comunicación es un invento de los comunicólogos y un fenómeno del último medio siglo, cuando en realidad tiene una larga trayectoria en la historia de nuestro pensamiento.

De acuerdo con una tradición que se remonta hasta los orígenes de la cultura occidental, el centro organizador y referencial del conjunto de la vida pública ha sido la ciudad y sus valencias simbólicas, culturales, políticas, educacionales, etc. A pesar de las variaciones arquitectónicas, sociales, culturales, religiosas y políticas que ha experimentado, la ciudad ha sido, y todavía es, uno de los centros neurálgicos que han hecho posible la construcción simbólica de la realidad como paso previo a la construcción social de la realidad.

¹ *La ciudad, cuna de la filosofía*. El acto mismo de filosofar requiere para desarrollarse de un espacio público de deliberación. Entonces, la ciudad aparece como la condición de las posibilidades del acto de filosofar. Y así lo han puesto de manifiesto Platón (1993: *La República o el Estado*), Aristóteles (1969: *La Política*), Karl Popper (1998: *La sociedad abierta y sus enemigos*) o Hanna Arendt (1993: *La condición humana*). La Atenas clásica representa, en este sentido, la palabra común. Porque el mayor *descubrimiento* de la historia de la humanidad, la capacidad del lenguaje, consigue en Atenas su máxima expresión pública, al conver-

tirse en instrumento básico para la construcción del primer ideal de los ciudadanos.

2. *La ciudad, cementerio de civilizaciones* A este respecto, la ciudad implica un mundo del cual se ha retirado lo sagrado. Y, en consecuencia, apenas quedan rastros de la ciudad-mundo, como, por ejemplo, los casos de la azteca Ciudad de México o de la Córdoba del Al-Andalus, y, en mucho menor medida, de las antiguas Estambul / Constantinopla o Jerusalén. La ciudad se revela entonces como la representación del desencanto, al sustituir las *comunidades calientes* por la *sociedad fría* (en los términos expresados por Levy-Strauss, 1988). Algunos pensadores como Jean-Jacques Rousseau (1998: *Emilio o De la educación*), Friedrich Nietzsche (1972: *Así habló Zaratustra*) o Oswald Spengler (1989: *La decadencia de Occidente*) verán en esa ruptura con el pasado mítico el estado terminal de una cultura.

3. *La ciudad, figuración de la utopía* El Renacimiento estuvo marcado por una floración de discursos utópicos concebidos por los filósofos, al proponer una forma urbana como modelo de sociedad, como han apuntado Thomas More (1985: *Utopía*), Tommaso Campanella (1999: *La ciudad del sol*) y Ernst Bloch (1979: *El principio esperanza*). La Florencia de los Médicis es, sin duda, el ejemplo más emblemático. La reflexión política ha basculado de la cuestión del habitante ideal de la ciudad al interés por el habitante de la ciudad ideal. Debate que, en la contemporaneidad, con las oleadas de migrantes del campo a la ciudad o de unos a otros países o continentes se ha reabierto, contraponiendo al discurso utópico (renacentista o ilustrado) la realidad de la ciudad como decorado obligado de los cambios sociales.

4. *La ciudad, lugar de acumulación y de lucha* La ciudad es acumulación de bienes, de signos, de personas, de equipamientos... Pero también de memoria, de lo confortable y de lo desagradable, de la concordia y de la pugna. Porque, por ejemplo, la lucha de clases tiene por objeto el control y la división de los procesos de acumulación y porque los conflictos que se desarrollan en la ciudad son espectacularizados y memorizados. Así lo han expuesto, entre otros, Karl Marx y Friedrich Engels (1972: *La ideología alemana*) y Antonio Gramsci (1970: *L'Ordine nuovo. 1919-1920*), o Henri Laborit (1973: *El hombre y la ciudad*) y Jean Baudrillard (1978: *Cultura y simulacro*). Se pueden establecer tres casos emblemáticos: *París o el republicanismo*, expresado en la emancipación de la Revolución Francesa, pero también en la Comuna o el Mayo del 68, e, incluso, en la reacción de ciudadanía del 2002 entre la primera y la segunda vuelta de las elecciones presidenciales ante el avance del ultraderechista Le Pen; *Londres o el individuo liberal*, mediante los valores del respeto y de la tolerancia propios de una

vieja y consolidada democracia liberal y, por qué no, de una cierta flemma inglesa; y, finalmente, *Berlín o el Estado moderno* como realización acabada de la sociedad, representada en la República de Weimar.

5. *La ciudad, fuente de libertades y de disciplinas* La ciudad puede ser contemplada como un espacio privilegiado de libertad, dado que la disminución del control social en comparación con el mundo rural permite que los comportamientos libremente escogidos se escapen a veces de la sanción social. Por ejemplo, el San Francisco de los años sesenta del pasado siglo. Sin embargo, otra ciudad californiana también ha sido presentada como la transparencia del poder totalitario, tema frecuente dentro de la ciencia ficción contemporánea, como se mostró en la película *Blade Runner* (1982) de Ridley Scott mediante una ciudad de Los Ángeles decrepitamente futurizada. De modo parecido lo han abordado autores como George Simmel (1973: *Metropolis: saggi sulla grande città*), Max Weber (1987: *La ciudad*), Michel Foucault (1994: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*) o Richard Sennet (1974: *El declive del hombre público*).

6. *La ciudad, desnudo de los urbanistas* El concepto mismo de urbanismo nos retorna a un complejo de procedimientos técnicos, la vestimenta de cuyos discursos intenta legitimar los poderes políticos que operan sobre las ciudades, tal como lo han descrito Friedrich Engels (1952: *Contribución al problema de la vivienda*), Henri Laborit (1973: *El hombre y la ciudad*) o Françoise Choay (1983: *El urbanismo: utopías y realidades*). A este planteamiento responderían claramente tres ciudades: el Madrid, en la época de los Austrias, Brasilia y, de alguna manera, la Barcelona post olímpica.

7. *La ciudad, influencia de la técnica* La ciudad ha sido investida por la técnica. Las personas se han debido adaptar como un apéndice a una máquina de máquinas que, en la ciudad, adopta la figura de la red de redes. Nueva York es el epifenómeno de la metrópolis de nuestra época. Más recientemente, las *ciudades virtuales* (del Silicon Valley), estudiadas por Manuel Castells (1995) en *La ciudad informacional*, serían el emblema más vanguardista de la tecnificación digital de la ciudad. También tiene interés el cuestionamiento a las ciudades virtuales como lo ha estudiado, por ejemplo, Stephen Gram. (1997 y 2004). Precisamente, es en la ciudad donde la técnica encuentra a la política y la libertad, con lo cual se han obtenido ciertos beneficios, por ejemplo, en la liberación del tiempo, en el caso de la información, o de los equipamientos colectivos. De este modo, la ciudad puede ser comprendida como un «*interface*» (conector) privilegiado entre la técnica y la política, como han expuesto Maquiavelo (1981: *El príncipe*), Jean-Jacques Rousseau (1994: *Carta a D'Alambert sobre los espectáculos*) o John J. McDermott (1986: *Streams of Experience: Reflections on the History and Philosophy of American Culture*).

8. *La ciudad, diario de viaje de pensadores* El viaje, al estilo de la fiesta nocturna, constituye un punto de vista sobre el mundo o, mejor aún, sobre una manera de apreciar y vivir determinado universo. Algunos lugares y algunos momentos nos permiten una mirada con perspectiva, una reflexión dentro y fuera de la racionalidad cotidiana. En cierto modo ese podría ser el caso de Buenos Aires, en tanto que fragmento de la Europa a la deriva (en los últimos años a causa de la espiral de crisis acaecida) y, en sentido opuesto, Miami, en tanto que mosaico urbano postmoderno. Escribir de un lugar o de otro, a propósito de los objetos viejos o nuevos, implica, a veces, hacerlo con cierta ingenuidad o candidez propia de un adolescente, pese a que no conviene olvidarse de cómo se ha construido ese lugar. Pero también es cierto que, a través de esa nueva manera de mirar, se pueden fabricar hibridaciones fecundas, como han demostrado Jean-Paul Sartre (1979: *Un teatro de situaciones*), Maurice Merleau-Ponty (1993: *Fenomenología de la percepción*), Claude Lévy-Strauss (1988: *Tristes trópicos*) o Roland Barthes (1991: *El imperio de los signos*).

En definitiva, la ciudad es también todo un programa porque es un lugar, un objeto y una suma de impresiones, tal como lo han señalado Emmanuel Kant (1991: *Antropología en sentido pragmático*) o Henri Lefebvre (1967: *El derecho a la ciudad*).

2.2. *El paseante histórico de la ciudad*

En nuestra doble condición de ciudadano y de historiador, nos sentimos urbanamente un *flâneur* —utilizando la expresión de Baudelaire—, es decir, un paseante del espacio y del tiempo. Ya que «el fenómeno de la vulgarización del espacio es la experiencia fundamental del *flâneur*» (Benjamin, 2005: 424). Y también porque «la calle conduce al *flâneur* a un tiempo desaparecido. Para él, todas las calles descienden, sino hasta las madres, sí hasta un pasado que puede ser tanto más fascinante cuanto que no es su propio pasado privado» (Ídem: 422). En otras palabras, un paseante histórico de la ciudad. Para poder hacer ese *recorrido* espacio-temporal vamos a relacionar un par de nociones, la de paseante y la de viajero.

El término «paseante» lo enunciaron de una manera moderna, entre otros, algunos autores franceses o afincados en Francia como Apollinaire, Léautaud, Poe, Baudelaire, etc. Así, por ejemplo, Edgar Allan Poe en su obra *The Man of the Crowd* del año 1840 (publicada en 1845) se adentra en la figura del paseante, aunque la referencia más conocida es la de Charles Baudelaire en su famoso *Le Spleen de Paris*, del año 1869 (recogida en una edición de

1919), sin olvidar un texto muy anterior, de 1872, de Jean-Jacques Rousseau *Les rêveries du promeneur solitaire* (en edición de John S. Spink de 1848). De todas formas, será Walter Benjamin quien —recuperando la expresión rousseauiana (al escribir *La ciudad como recurso mnemotécnico del paseante solitario*, en *El retorno del flâneur*, epílogo a *Paseos por Berlín* de Franz Hessel, 1997)— mejor desarrollará ese término y lo llenará de sentido contemporáneo, al distinguir entre paseante filosófico y *flâneur*, al que calificará de «sacerdote del *genius loci*» porque su arte incluye el saber habitar.

Benjamin será capaz de acercarnos a las propuestas más ricas de paseante tal y como aquí nos interesa, mediante su excelente investigación y creación de la ciudad representativa de lo que venimos denominando SCCM. Sin embargo, Walter Benjamin se inspirará en Hessel, ya que éste —según escribe Jean-Michel Palmier, «*El flâneur de Berlín*», prólogo del libro de Hessel (1997)— «fue el primero que vio en la gran ciudad un enigma, un universo de signos por descifrar. Antes que Benjamin o Sigfried Kracauer, él supo hacer de los devaneos filosóficos del *flâneur* un verdadero género literario» (Hessel, 1997: 10). Y así lo expresó en varias ocasiones y lo desarrolló en *Das Passagen-Werk* (1982) o *Libro de los Pasajes* (2005). La ciudad se convierte para Benjamin en un documento de cultura complejísimo ante el cual el paseante intelectual debe estar atento a muchas cosas: escaparates, carteles, rótulos, rostros, escenas... La ciudad deviene un gigantesco libro abierto en el que las posibilidades de lectura son casi infinitas.

En la citada obra y en referencia a *París, capital del siglo XIX*, Benjamin recoge, en el extenso apartado de «Apuntes y materiales», un capítulo dedicado exclusivamente al *flâneur*, al paseante. Este autor expone en ese texto las siguientes ideas:

París creó el tipo de *flâneur*. Lo raro es que no fuera Roma. ¿Por qué? ¿Acaso los sueños no discurren en Roma por las calles bien dispuestas? ¿Acaso la ciudad no está demasiado llena de templos, plazas recoletas y santuarios nacionales como para que, indivisa, pueda ingresar en el sueño del paseante con cada adoquín, cada letrero comercial, cada escalón y cada portal? Quizá también tenga algo que ver el carácter nacional de los italianos. Pues no han sido los extranjeros, sino los mismos parisinos quienes han hecho de París la alabada tierra del *flâneur*, el «paisaje formado de pura vida», como lo llamó una vez Hofmannsthal. Paisaje: en eso se convierte de hecho para el *flâneur*. O más exactamente: ante él, la ciudad se separa en sus polos dialécticos. Se le abre como paisaje, le rodea como habitación. (2005: 422)

Lo que nos señalaba Benjamin —tal vez el más heterodoxo representante de la escuela de Frankfurt y quizá el más vanguardista en la observación de

la SCCM— es que resulta difícil atrapar una ciudad llena de monumentos, templos y demás, precisamente por la proliferación de tantos elementos simbólica y culturalmente importantes. Cualquiera se siente encandilado, por ejemplo, ante una ciudad como Roma; por otro lado, la ciudad por excelencia. En cualquier dirección, el visitante topa con monumentos deslumbrantes, que le desbordan constantemente y de los que apenas puede distanciarse. En cambio, los parisinos hicieron de París en el último tercio del siglo XIX la tierra prometida del *flâneur*, del paseante, al entender el paseo como pura vida, satisfacción y goce del transitar por la ciudad, dado que «la ociosidad del *flâneur* es una manifestación contra la división del trabajo» (Benjamin, 2005: 432). Es decir, el ir descubriendo que el paseo se convierte, a través del deambular, en aquello que da sentido a quien quiere entender la ciudad. El paseo, pero no de aquel que va mirando sin apenas ver y sin aprehender el paisaje urbano, sino el de aquel otro que es capaz de comprenderlo y, por tanto, de apropiarse de la ciudad. De aquí que distinga: (...) «no vayamos a confundir el *flâneur* con el mirón: hay un matiz... El simple *flâneur*... está siempre en plena posesión de su individualidad. La del mirón, por el contrario, desaparece, absorbida por el mundo exterior... que lo golpea hasta la embriaguez y el éxtasis.» (2005: 433) En el «El retorno del *flâneur*» Benjamin nos lo recuerda: «Todo el mundo puede estudiar; aprender sólo el que está ávido de lo permanente.» (Hessel, 1997: 218)

Y así debe ser porque el objetivo del *flâneur* urbano —aunque lo de *urbano* es redundante, pues no puede haber un paseante que no sea de una ciudad, un *paseante rural*— es atrapar la ciudad, domarla, aprehenderla, entenderla en su significado para que el espacio humano se nos vuelva dócil, que no doméstico, y, en definitiva, para hacerlo próximo, no en el sentido físico, sino en el sentido familiar. Porque «la ciudad es la realización del viejo sueño humano del laberinto. Esta realidad es la que persigue el *flâneur* sin saberlo. Sin saberlo, pues no hay por otra parte nada más necio que la resis habitual que racionaliza su conducta y constituye el punto de partida indiscutido de la inabarcable literatura que explica el *flâneur* por su conducta o su figura.» (Benjamin, 2005: 434)

En consecuencia, queremos que la ciudad se nos haga comprensible, lo que no resulta nada sencillo ni fácil, sino todo un reto, dado que «las calles son la vivienda del colectivo. El colectivo es un ente eternamente en movimiento, que vive, experimenta, conoce y medita entre los muros de las casas tanto como los individuos bajo la protección de sus cuatro paredes» (Benjamin, 2005: 428). Pero ese callejeo supone pasear por la ciudad no como un simple turista, sino con el espíritu de un antropólogo o etnólogo, de un humanista del Renacimiento o de un científico social, con sagacidad y

alma ingenua a la vez, con el deseo de querer comprenderla, vivirla y gozarla para descubrir las huellas, los cambios, las transformaciones. Ver cómo el ser humano se habitúa a los espacios, cómo éstos lo han transformado a él, cómo los medios de comunicación han influido en el hábitat urbano y como éste ha quedado reflejado en los medios. Interacción de la que no es ajeno el comunicólogo interesado en y por la ciudad, lo que le provoca cierta inseguridad o, como señala Benjamín (Benjamin, 2005: 430), «la peculiar indecisión del *flâneur*. Del mismo modo que aguardar es el estado propio del contemplativo inmóvil, parece que la duda lo es del *flâneur*».

Esas aptitudes y actitudes se parecen a las que suele poseer y practicar un investigador privado, como son los indicios y las sospechas a lo Sherlock Holmes, manera de operar que —por otra parte— atribuye el semiótico Thomas A. Sebeok (1987) al método de investigación del lingüista Charles S. Peirce. En este sentido, «la figura del detective se halla preformada en la del *flâneur*. Tuvo que ser importante para el *flâneur* la legitimación social de su hábito. Le convenía mucho ver que su indolencia se presentaba como apariencia bajo la cual, en realidad, se ocultaba la aguda atención de un observador que no pierde de vista a los desprevenidos criminales.» (Benjamin, 2005: 445) Hasta el punto que el *flâneur* resulta ser un observador doble, de lo socioeconómico y de sociopsicológico tal como lo advierte Benjamín (2005: 431): «El *flâneur* es el observador del mercado. Su saber está cercano a la ciencia oculta de la coyuntura económica. Es el explorador del capitalismo, enviado al reino del consumidor.» Y, paralelamente, la fantasmagoría del *flâneur* consiste en «leer en los rostros la profesión, el origen y el carácter.» (Benjamin, 2005: 433)

En cuanto a la consideración del viajero —dado que «en el 'El viajero', de Maxime Du Camp, el *flâneur* adopta el disfraz de viajero» (Benjamin, 2005: 234)—, no debemos entenderla tampoco en el sentido de viaje literario sino más bien como lo hicieron muchos viajeros en la historia. La bibliografía sobre el viajero es amplísima; sin embargo, deberíamos comenzar recordando la distinción que se le atribuye al escritor Paul Bowles —que vivió mucho tiempo en Marruecos— entre viajero y turista: turista es aquél que pasa por los sitios y no acaba de percatarse de las cosas, el viajero es aquél que intenta impregnarse de todo lo que ve y oye. Está claro que si uno pasa poco tiempo en un sitio difícilmente puede llegar a captar la esencia correctamente, pero no es sólo una cuestión de tiempo, sino también de actitud: se ha de tener una predisposición favorable a empaparse del nuevo espacio para poder percibir aspectos que, de otra forma, pasarían desapercibidos.

Como decíamos antes, la bibliografía dedicada al viajero es amplísima y arranca desde la antigüedad, con la Grecia clásica, donde ya existen nume-

rosos textos que nos hablan de viajes. Estos abundan también en la era medieval, el Renacimiento, la época de la Ilustración y llegan hasta el siglo XIX, momento de gran eclosión de la literatura de viajes con la publicación de gran cantidad de obras debido, entre otras razones, al hecho de que muchos escritores románticos visitaron ciudades, vivieron en ellas y nos contaron después sus vivencias y lo que esperaban, buscaban y pretendían de esos lugares. Esas experiencias siempre se revelan muy ricas cuando las contrastamos con las nuestras porque son la mirada y la percepción de un otro especial, dado que en la mayoría de los casos se trata de la mirada de alguien con sensibilidad artística, no de un visitante cualquiera, como el estereotipo del turista que, armado con su cámara, va disparando instantáneas o barriando secuencias con la vana intención de *apropiarse* fotográficamente o de *registrar* videográficamente *todo*. Nosotros, obviamente, nos referimos a aquella otra persona capaz de captar incluso aspectos de los que, nosotros, pese a ser oriundos de ese lugar, no nos percatamos habitualmente; de aquí que su revelación nos sorprenda.

En el último cuarto de siglo se ha vuelto a poner de moda la literatura de viajes, entre otras causas, porque la prestigiosa revista británica *Granta* dedicó tres números a esta tipología literaria.³ También se han publicado monográficos en otras revistas y se celebran regularmente simposios sobre el tema (desde principios de los años noventa del siglo pasado, por ejemplo, existe en Francia un grupo de investigación sobre literatura de viajes que organiza encuentros bianuales, normalmente en Bretaña, muchos de ellos centrados específicamente en el mundo urbano). En cuanto a las referencias bibliográficas relevantes, podemos citar el artículo de James Clifford «Travelling theories, travelling theorists» (*Inscriptions*, nº 5, 1989); el libro de Friedrich Wolfzettel *Le discours du voyageur* (1996); el de Hélène Lefebvre *Le voyage* (1989); o el editado por Philip Dodd *The Art of Travel* (1982). Sin embargo, destaca entre todos ellos el artículo de Roland Barthes sobre las famosas Guías Azules, las *Guides Bleues*, en su libro *Mythologies* de 1957.

El viaje del investigador de la cultura urbana no consiste en visitar los «*santos lugares*» o los espacios emblemáticos, al estilo del *tour* turístico, en el que visitamos todo un continente en cuatro semanas y luego sabemos que hemos estado allí únicamente porque nos lo dice el folleto del viaje, o porque tenemos la colección de postales que compramos o de fotografías que hicimos apresuradamente para no perder una sola imagen [como bien ha explicado el antropólogo Marc Augé en *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes* (1998)]. El viaje del investigador, en nuestro ámbito, es el recorrido minucioso y comparado entre la comunicación en la ciudad y la ciudad comunicada. Por un lado, reconocer qué comunicación se produce

en una ciudad, ya sea en los aspectos generales o en los aspectos concretos. La otra perspectiva es la de la ciudad comunicada a través de los medios de comunicación, incluyendo desde la novela al cómic, o los medios más al uso como la prensa, el cine, la radio, la televisión e Internet.

2.3. Diez proposiciones sobre cultura urbana

En definitiva, se trata de analizar la relación entre las fuentes y los hechos, entre los documentos y las huellas, entre el pasado y el presente: es emprender un *viaje* fascinante por el espacio y el tiempo para decodificar y leer, e incluso releer, la cultura urbana entendida en diez proposiciones, que son las siguientes:

- 1ª La cultura urbana como una totalidad compleja de la ciudad.
- 2ª La cultura urbana como el modo de vida urbana.
- 3ª La cultura urbana como el sistema de concepciones de lo urbano.
- 4ª La cultura urbana como el conjunto de prácticas sociales de la ciudad.
- 5ª La cultura urbana como los hábitos adquiridos en la ciudad.
- 6ª La cultura urbana como los ideales de comportamiento de los ciudadanos.
- 7ª La cultura urbana como las producciones y artefactos urbanos.
- 8ª La cultura urbana como los instrumentos de comunicación de la ciudad.
- 9ª La cultura urbana como el sistema de expectativas ciudadanas.
- 10ª La cultura urbana como la satisfacción de las necesidades ciudadanas.

Estas diez proposiciones permiten que la cultura urbana sea entendida desde una perspectiva suficientemente amplia, aunque nos obligan a acotar el concepto de *cultura urbana*.

La definición no es nada fácil, ya que suele contemplarse de maneras muy diferentes en función de quién se refiera a ella, sea éste un antropólogo, historiador, geógrafo, urbanista, arquitecto, sociólogo, economista, demógrafo, etc. Desde nuestra perspectiva, son válidas numerosas aportaciones en el campo de las ciencias sociales; a partir de ellas podemos abordar esas proposiciones que consideramos metodológica e instrumentalmente indicativas para estudiar la ciudad contemporánea, es decir la de los últimos cien o ciento cincuenta años.

A modo de ejemplo, explicamos brevemente un caso que cada vez resulta más emblemático y que hemos podido comprobar *in situ* gracias a un trabajo de campo. Se trata de un modo de vivir la ciudad, de algunas prácticas sociales, de ciertos hábitos ciudadanos y de alguna satisfacción urbana de

los inmigrantes de origen latinoamericano asentados en el Nueva York de comienzos de este siglo (Gómez Mompert, 2008: 47-48) y que, en diversos grados, coinciden parcialmente con cuatro de las proposiciones que acabamos de enunciar (la 2ª, 4ª, 5ª y 10ª).

Los nuevos hispanos de Estados Unidos son eminentemente urbanos (a diferencia de antaño que eran campesinos en California o en los estados fronterizos con México), pues se han ido extendiendo sobre todo en las grandes ciudades y ocupándose en labores y profesiones típicamente urbanas. El caso de Nueva York, además, es paradigmático de lo que podríamos denominar la «ciudad hispana transnacional», en el seno de las grandes metrópolis norteamericanas (Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Houston, Philadelphia, Phoenix, San Diego, Dallas, San Antonio, San José, San Francisco, Austin, El Paso, etc.).

Resulta elocuente porque los hispanos neoyorquinos —a diferencia de los de Los Ángeles o Miami— no viven en guetos, sino en barrios que además de la pluralidad latina, conviven con otras minorías étnicas, tales como los afroamericanos, los europeos nuevos, los asiáticos o los caribeños negros no latinos. Y los hispanos de Nueva York (cuyos porcentajes, salvo el Bronx que casi alcanza el 49%, representan de un 20% a un 27%, a excepción de Staten Island, sólo un 12%) se mezclan con las citadas minorías que oscilan entre un 30% y un 45%.

Así pues, los hispanos de Nueva York son, junto a esas otras minorías, una clase trabajadora multicultural. Y esa doble pluralidad «neonorteamericana» e hispana o latina, supera el clásico barrio del inmigrante europeo o afroamericano en Estados Unidos, rompiendo el gueto (negro, judío, chino, italiano, centroeuropeo...). A esa importante transformación, hay que sumar cómo los hispanos —también de manera diferente de otras minorías tradicionales o nuevas— reinventan el espacio al recrearlo con su hábitos y estilos: colores, olores, estética, productos, música, mercados, etc. En definitiva, en los últimos años se ha ido produciendo un proceso de reconfiguración del hábitat urbano y de sus usos sociales, pasándose de un espacio / ambiente frío, comedido y gringo a otro cálido, exuberante y latino. Esas modificaciones se traducen en el binomio comunicación y ciudad de diversas maneras y adoptan formas y funciones, cuya expresión más evidente es la sustitución del restringido espacio público angloamericano por una socialidad latina o hispana, donde la plaza y el mercado, aunque sean improvisadas y no estables, se convierten en centros neurálgicos permanentes o esporádicos. Y como por un toque mágico, lugares lúgubres e inertes devienen espacios vivos de convivencia, o sea, de comunicación.

2.4. Comunicología urbana y Urbanología comunicativa

Para entender la ciudad desde la comunicación, podemos acudir a los desarrollos teórico-metodológicos usados por las ciencias de la comunicación, cuya aplicación a la ciudad nosotros denominamos *Comunicología urbana*. Es decir, aquella disciplina que intenta estudiar desde la teoría, la reflexión y la investigación de las ciencias de la comunicación, el sentido, el significado, los procesos sociales, culturales, etc., evidentemente comunicativos, que se producen en el mundo urbano o de las ciudades.

Preferentemente, desde la perspectiva más contemporánea, los procesos comunicativos relacionados con los procesos urbanos se encuentran —como ya hemos advertido— por doquier, ejerciendo funciones organizativas y mediadoras. En el diseño, en la arquitectura, en el paisaje, en la decoración, en los colores, en las relaciones de las personas y los espacios, o entre los actores sociales y los modos de comunicarse.

Nos gustaría apuntar simplemente algunos textos y algunas investigaciones que van en esa dirección, desde la perspectiva comunicológica: J. Agnew, J. Mercer, y D. E. Sopher, con la edición en 1984 de su obra *The City in Cultural Context* buscaron entender qué papel jugaron algunas ciudades, a partir de cómo lo cultural definió su contexto o marcó su entorno, dado que además de interpretar la urbe como texto, ésta también puede y debe conocerse a través del protagonismo desempeñado por su ambiente cultural. J. Burnett (1978), en su *A Social History of Housing: 1815-1970*, escribió sobre la edificación en los siglos contemporáneos, intentando situar la evolución de la ciudad mediante los cambios del habitáculo, la casa, el piso, el apartamento, etc. También debemos mencionar el trabajo del brasileño Roberto DaMatta (1991), *A casa e a rua. Espaço, cidadania. Mulher e morte no Brasil*, o el estudio de Alicia Entel (1996), *La ciudad bajo sospecha*, donde el conflicto por el espacio urbano y su expresión en la protesta urbana, respectivamente, en la ciudad brasileña o argentina (aunque centrado en Buenos Aires), que abordan la ciudad en términos de acción comunicativa. Por otro lado, el ensayo de Fusco (1970), *La arquitectura como mass-media*, donde intenta relacionar los aspectos de la arquitectura que tienen que ver con los medios de comunicación; es decir, se trata de un enfoque del lenguaje aplicado al diseño, el color, la forma de la arquitectura y del urbanismo en tanto que intermediarios de comunicación masivos. O los trabajos de Margulis (1994) sobre *La cultura de la noche: La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, y los de Martín Barbero (1994), entre los que destaca el de *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de la comunicación*, donde reflexiona sobre los miedos que se producen e inducen en las megápolis. Asimismo, la obra del brasileño de Santos

(1987), *O espaço do cidadão*, e, incluso, la investigación de Richard Sennet (1997), *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, donde repasa ciudades y épocas muy significativas (desde el mundo clásico hasta nuestros días) para abordar, a caballo entre la antropología social y la comunicología, la interrelación de seres y ciudades, o sea, entre cuerpos humanos y cuerpos sociales, es decir, cómo el espacio urbano influye en las maneras de vivir el cuerpo y de sentir la ciudad.

La interacción comunicativa también se establece entre los elementos físicos y los simbólicos, entre la vivencia urbana y la percepción que se tiene de la ciudad, entre la versión y la recreación que se hace muchas veces de la ciudad a través de la configuración mediática o de la construcción icónica de la ciudad, incluso entre la memoria experimentada y la mediática que los ciudadanos han ido acumulando y su constatación urbana. Nueva York podría ser el caso más claro y más evidente: muchas personas no han visitado Nueva York y, sin embargo, la tienen perfectamente interiorizada; y aquéllos que sí la han visitado, desde el primer día tienen la impresión de conocerla, de que ya habían estado muchas veces ahí, por mor de haberla *visto y visitado* tantas veces a través del cine. Esto no ocurre con todas las ciudades que, aunque algunas a veces aparezcan en el cine, pueden hacerlo de manera fragmentada, descontextualizada, y por lo tanto irreconocible, al menos de forma inmediata. También esta configuración mediática puede tener lugar en nuestra experiencia diaria, a través de la televisión, contrastando nuestra experiencia cotidiana con la representación televisiva.

Existen diversos estudios, de los que citaremos sólo algunos, que pueden servir de referencia para meditar sobre las cuestiones que acabamos de mencionar. Por ejemplo, la monografía de Rosa María Alfaro (1988), *De la conquista de la ciudad a la apropiación de la palabra*, y el estudio del antropólogo Marc Augé (1996), *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre modernidad*. Existe también un excelente libro, que no es una investigación sino un ensayo literario terriblemente sugerente, que ha sido utilizado por varios investigadores del campo de la comunicación, *Ciudades Invisibles*, de Italo Calvino (1996), al que cabría añadir *Siete ciudades*, de Olivier Rolin (2001), donde se evocan literariamente Buenos Aires, Trieste, Lisboa, Alejandría, Leningrado, Praga y Valparaíso. Deben citarse, asimismo, los trabajos del antropólogo catalán Carles Feixa (1998), que ha trabajado sobre todo en México, y ha publicado *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud* y la excelente investigación etnográfica, aunque con una perspectiva claramente comunicológica, de la mexicana Rossana Reguillo (1991): *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y comunicación*, centrado en Guadalajara (Jalisco, México).

Los trabajos del semiólogo francés Gerard Imbert (1990) referidos preferentemente al Madrid de los años de la transición democrática tras muerte del dictador Franco, cuando se gestó lo que después sería conocido como la «movida madrileña», cuya recreación cinematográfica ha sido espléndidamente retratada por Pedro Almodóvar. Imbert, en su libro *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la transición (1976-1982)*, realiza una lectura semiótica de la ciudad, aplicando una pragmática textual, y expone cómo ésta se manifiesta en diversos procesos culturales y comunicativos. Igualmente resultan muy interesantes los trabajos de Oscar Landi (1990), junto con otros autores, titulado *Públicos y Consumos Culturales de Buenos Aires*, para el caso argentino. Pero sin duda, el libro de Kevin Lynch (1984), titulado *Imagen de la Ciudad*, hoy todo un clásico, es el estudio más profusamente aprovechado por los comunicólogos latinoamericanos con el fin de tratar la urbe con acentos disciplinarios diversos (semiótica, antropología, estética, interaccionismo simbólico...). También es importante el trabajo del urbanista y arquitecto Roncayolo (1988), de origen italiano, pero que suele escribir en francés, *La Ciudad*. Por último, el trabajo sociosemiológico del colombiano Armando Silva (1993), *Los imaginarios urbanos en América Latina. La ciudad deseada*, que en la última década del pasado siglo sirvió para coordinar internacionalmente diversos equipos de países iberoamericanos bajo los auspicios del Convenio Andrés Bello.

Por otro lado, para comprender la comunicación en la ciudad, deberíamos considerar aquellos estudios que, partiendo del hecho urbano y del proceso sociocultural que implica la urbanización en su evolución pareja a las sociedades industriales, observan a la urbe, la ciudad, como si fuera un sistema o una red de comunicación, así como las posibilidades y las mediaciones diversas y a la cual denominamos *Urbanología comunicativa*. Desde el urbanismo, en su vertiente de cultura, de lógica y de proceso, se plantea la ciudad desde la perspectiva comunicativa. Es decir, se trata de ver qué función cumple el urbanismo para posibilitar o no un tipo u otro de comunicación, y no sólo los flujos comunicativos derivados de la ordenación del espacio. Sin embargo, este enfoque, ha sido insuficientemente desarrollado porque los estudiosos, con independencia de que sean o no arquitectos o urbanistas, se lo han planteado en términos por lo general un tanto alejados de los estudios culturales y comunicativos, tal como los solemos entender quienes trabajamos más desde la otra perspectiva. Sin embargo, si no se entremezclan ambas lógicas, la comunicativa y la urbana, difícilmente se comprenderá con toda su complejidad la evolución y el desarrollo de las ciudades, en particular las contemporáneas, en su planteamiento de historia cultural como nos interesa a los estudiosos de la comunicación.

Entre otros, algunos trabajos y libros significativos que podríamos considerar de urbanología comunicativa serían los siguientes: el ya veterano de Adams (1966), *The Evolution of Urban Society*, o la excelente antología de una veintena de urbanólogos de primera fila internacional, recopilados por Ángel Martín Ramos (2004), donde se aborda «lo urbano» en el mundo contemporáneo, o los trabajos de otro prestigioso arquitecto y urbanista, Miguel Ayllón, destacando el ensayo *La dictadura de los urbanistas. Un manifiesto por una ciudad libre* (1995), en el que se denuncia una cierta dictadura de los arquitectos en el diseño de unas ciudades que más que propiciar la libertad parecen «acorazarla» y, en consecuencia, aislarla, justo lo contrario de lo que en esencia ha sido la ciudad como paradigma de comunicación, aunque ésta acarree problemas, miedos e inseguridades. También los estudios de Barker y Sutcliffe (1993), *Megalopolis: The Giant City in History*, o de Dwyer (1974), *The City in the Third World*, que son estudios preferentemente urbanísticos o del saber urbanístico en el desarrollo de las grandes ciudades.

Asimismo, los trabajos de Jones (1992), *Metrópolis. Las grandes ciudades en el mundo*, o los de Joseph (1988), *El transeunte y el espacio urbano. Sobre la dispersión y el espacio público*, otro de los investigadores teóricos bien conocido en el ámbito, quien ha estudiado las ciudades en Latinoamérica. Y, por supuesto, las aportaciones del prestigioso urbanista P. Hall (1996), *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*, que revisa las perspectivas de cómo se construyeron las grandes ciudades en el mundo a partir de lógicas de eficacia no exentas de concepciones estéticas. Igualmente, debemos mencionar al urbanista italiano Alfredo Mela (1994) —que no hay que confundir con el sociólogo latinoamericano—, cuyo libro *La città come sistema de comunicazioni sociali*, es probablemente quien de forma más abierta ha intentado interpretar la ciudad contemporánea en tanto que medios de comunicación, y, consecuentemente, aplicar algunos conceptos derivados de la teoría de la comunicación a la concepción y estructura del espacio y el diseño urbano.

Otro texto más conocido que el anterior es *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*, de Rapoport (1978). Debemos señalar, sin embargo, que algunos de los libros mencionados pese a ser relativamente viejos (de hace unos veinte o treinta años) o precisamente por eso, releídos ahora con una nueva consciencia urbana, y a la luz de los avances de la comunicación, resultan útiles para nuestros objetivos de estudiar la interrelación entre ciudad y comunicación, particularmente en el siglo XX.

Por su parte, otros textos de autores no urbanistas expresan planteamientos o llegan a conclusiones curiosamente parecidas a los de la urbanología

comunicativa. A este respecto, la primera referencia obligada es, sin duda alguna, la de Walter Benjamin, que no era ni urbanista, ni comunicólogo, ni sociólogo. Era un ensayista literario y teórico cultural, cuyo sabio y artístico hacer —a guisa de creador— optimizó un método cercano al arte como instrumento de conocimiento con la finalidad de captar una realidad radicalmente nueva, la que correspondía a la cultura generada por la sociedad de masas. Sobre todo, en aquellos textos donde presenta a París como la capital del siglo XIX, Benjamin disecciona de forma original y a la vez profunda la relación entre espacio urbano y comunicación. En cierto sentido, él es un urbanólogo, y también un antropólogo adelantado a su tiempo. Benjamin ha llevado a muchos urbanistas a replantearse la ciudad desde otra óptica de la habitual para los arquitectos del espacio urbano. Manuel Castells, en tanto que sociólogo urbano, sería otro caso clarísimo de haber influido en arquitectos y urbanistas a través de algunas de sus obras (1974, 1981, 1986 y 1995). Un conocido antropólogo para los estudiosos latinoamericanos, Hannerz, también ha hecho buenas aportaciones al urbanismo, la cultura y la comunicación con uno de sus libros emblemáticos, *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana* (1986), sin olvidar las sugerentes investigaciones de Máximo Canevacci, sobre todo *A cidade polifónica* (1993). O los trabajos de Henri Laborit (1973), *El hombre y la ciudad*, que han ayudado a muchos sociólogos y muchos antropólogos con fines parecidos. Finalmente, cabe citar un clásico desde el punto de vista histórico, al que tantos antropólogos, historiadores, comunicólogos, etc., le debemos algunas excelentes obras de síntesis de historia de la ciudad desde la antigüedad hasta buena parte del siglo XX; nos referimos a Lewis Mumford con *La ciudad en la historia* (1966) y *The Culture of the Cities* (1938).

Epílogo

Así pues, la aproximación del comunicólogo al binomio ciudad y comunicación o viceversa bajo la óptica de historia cultural, y con la mirada y el talante de *flâneur*, representa estudiar este tema a modo de vivir la urbe en tanto que experiencia como hiciera Benjamin (2005: 422): «La embriaguez anamnética con la que el *flâneur* marcha por la ciudad no sólo se nutre de lo que a éste se le presenta sensiblemente ante los ojos, sino que a menudo se apropia del mero saber, incluso de los datos muertos, como de algo experimentado y vivido.» Por eso la ciudad implica lo que bellamente ha escrito Abdelrahman Munif, en *Història d'una ciutat. Una infantesa a Amman* (1996: 9-10): «Una ciutat és la manera que la gent té de veure les coses, la seva

manera de hablar, la seva manera de comportar-se davant dels esdeveniments, d'afrontar-los i de superar-los. Una ciutat són el somnis i les decepcions que ha viscut la seva gent, tant el somnis que s'han fet realitat com els que s'han vist frustrats i han deixat traces i ferides. Una ciutat són els moments de joia i de tristor de la seva gent. Una ciutat és la manera de rebre el que se l'estima i la manera de donar l'esquena al qui no l'aprecia. Una ciutat és el plor de comiat d'aquells que n'han marxat, per força, temporalment o per sempre. Una ciutat és el somris amb què són rebuts el que hi tornen. Una ciutat és tot això i moltes altres petites coses, impossibles de recuperar».⁴

Bibliografía

- ADAMS, R. (1966). *The Evolution of Urban Society*, Chicago: Aldine.
- AGNEW, J., MERCER J. y D.E. SOPHER (eds.) (1984). *The City in Cultural Context*, Boston: Allen and Unwin.
- ALFARO, R.M. (1988). *De la conquista de la ciudad a la apropiación de la palabra*, Lima: Tarea/Calandria.
- ANSAY, P. y R. SCHOONBRODT (1989): *Penser la ville. Choix de textes philosophiques*, Bruselas: AMM.
- ARENDT, H. (1993). *La condición humana*, Barcelona: Paidós.
- ARISTÓTELES (1969). *La Política*, Madrid: Espasa-Calpe, 11ª ed.
- AUGÉ, M. (1996). *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa.
- _(1998): *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*, Barcelona: Gedisa.
- AYLLÓN, M. (1995). *La dictadura de los urbanistas: Un manifiesto por una ciudad libre*, Madrid: Temas de Hoy.
- BARKER, T. y A. SUTCLIFFE (eds.) (1993). *Megalopolis: The Giant City in History*, Basingstoke: Macmillan.
- BARTHES, R. (1957). *Mythologies*, París: Éditions du Seuil.
- _(1991) *El imperio de los signos*, Madrid: Mondadori.
- BAUDELAIRE, Ch. (1919). *Le Spleen de Paris*, París: Payot.
- BAUDRIILLARD, J. (1978). *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós.
- BENJAMIN, W. (1982) *Das Passagen-Werk*, Berlín: Suhrkamp.
- _(1997). «El retorno del flâneur», epílogo de HESSEL, F. *Paseos por Berlín*, pp. 215-219, Madrid: Tecnos.
- _(2005). *Libro de los Pasajes*, Madrid: Akal, edición preparada por Rolf Tiedemann.
- BLOCH, E. (1979). *El principio esperanza*, Madrid: Aguilar.
- BURNETT, J. (1978). *A Social History of Housing 1815-1970*, Newton Abbot: David and Charles.
- CALVINO, I. (1996). *Ciudades invisibles*, Madrid: Siruela, 4ª ed.
- CAMPANELLA, T. (1999). *La ciudad del sol*, Barcelona: Abraxas.
- CANEVACCI, M. (1993). *A cidade polifônica. Ensaio sobre antropologia da comunicação urbana*, Sao Paulo: Studio Nobel.
- CASTELLS, M. (1974). *La cuestión urbana*, México: Siglo XXI.
- _(1981). *Crisis urbana y cambio social*. Madrid: Siglo XXI.
- _(1986). *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid: Alianza Universidad.
- _(1991). *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York: Russell Sage Foundation.
- _(1995). *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Madrid: Alianza.
- CHOAY, F. (1983). *El urbanismo: utopías y realidades*, Barcelona: Lumen.
- CLIFFORD, J. (1989). «Travelling theories, travelling theorists», *Inscriptions*, nº 5.
- DAMATTA, R. (1991). *A casa & a rua. Espaço, cidadania. Mulher e morte no Brasil*, Río de Janeiro: Guanabara Koogan.
- DODD, Ph. (1982). *The Art of Travel*, Londres: Frank Cass.
- DU CAMP, M. (1855). *Les chants modernes*, París: Michel Levy Frères Editeurs.
- DWYER, D.J. (ed.) (1974). *The City in the Third World*, Londres: MacMillan.
- ENGELS, F. (1952). *Contribución al problema de la vivienda*, Moscú: Ediciones en lenguas extranjeras.
- ENJEL, A. (1996). *La ciudad bajo sospecha. Comunicación y protesta urbana*, Barcelona: Paidós.
- FEIXA, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*, Barcelona: Ariel.
- FUSCO, R. De (1970). *La arquitectura como mass-media. Notas para una semiología arquitectónica*, Barcelona: Anagrama.
- GÓMEZ MOMPART, J.LI. (1998). «La configuración mediática de la ciudad contemporánea», ponencia presentada en el IV Congreso de ALAIC, Recife (Brasil), 12/09/98.
- _(2008). «Diversidad latina y comunicación panhispana en la prensa en español de Nueva York al inicio del siglo XXI», *Doxa comunicación*, nº 6, mayo 2008, pp. 15-51.
- GIRALDO, F. y F. VIVIESCAS (comps.) (1996). *Pensar la ciudad*, Bogotá: Tercer Mundo editores / CENAC / FEDEVIVIENDA.
- GRAHAM, S. (1997). «Virtual cities, social polarization, and the crisis in urban public space», *Journal of Urban Technology*, nº 4 (1), pp. 411-429.

- GRAHAM, S. (ed.) (2004). *The Cybercities Reader*, Londres: Routledge.
- GRAMSCI, A. (1970). *L'Ordine nuovo. 1919-1920*, Turin: Einaudi, 3ª ed.
- HALL, P. (1996). *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*, Barcelona: Ediciones del Serbal.
- HANNERZ, U. (1986). *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México: Fondo de Cultura Económica.
- HESSEL, F. (1997). *Paseos por Berlín*, Madrid: Tecnos.
- IMBERT, G. (1990). *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976-1982)*, Madrid: Akal.
- JONES, E. (1992). *Metrópolis. Las grandes ciudades del mundo*, Madrid: Alianza.
- JOSEPH, I. (1988). *El transeúnte y el espacio urbano. Sobre la dispersión y el espacio público*, Buenos Aires: Gedisa.
- KANI, I. (1991). *Antropología en sentido pragmático*, Madrid: Alianza.
- KARAM, T. (comp.) (2005). *Mirada a la ciudad desde la comunicación y la cultura*, México: UNAM.
- LABORIT, H. (1973). *El Hombre y la ciudad*, Barcelona: Kairós.
- LANDI, O. et al. (1990). *Públicos y consumos culturales de Buenos Aires*, Buenos Aires: Doc Cedes, nº 32.
- LEFEVRE, H. (1989). *Le voyage*, París: Bordas.
- _(1967) *El derecho a la ciudad*, Barcelona: Península.
- LEVY-STRAUSS, C. (1988). *Tristes trópicos*, Barcelona: Paidós.
- LYNCH, K. (1984). *Imagen de la ciudad*, México: Gustavo Gili.
- MACHIARELLI, N. (1981). *El príncipe*, Madrid: Alianza.
- MARGULIS, M. et al. (1994). *La cultura de la noche: La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, Buenos Aires: Espasa Hoy.
- MARTÍN BARBERO, J. (1994). *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de la comunicación*, Caracas: FUNDARTE / Ateneo de Caracas.
- MARTÍN RAMOS, A. (ed.) (2004). *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya.
- MARX, K. y F. ENGELS (1972). *La ideología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 4ª ed.
- MASSIAH, G. y J. F. TRIBILLON (1991). *Ciudades en desarrollo*, México: Siglo XXI.
- MCDERMOTT, J.J. (1986). *Streams of Experience: Reflections on the History and Philosophy of American Culture*, University of Massachusetts Press.
- MELA, A. (1994). *La città come sistema de comunicazioni sociali*, Milán: Franco Angeli, 6ª edición.
- MERLEAU-PONTY, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*, Barcelona: Planeta-Agostini.
- MORE, Th. (1985). *Utopía*, Madrid: Akal.
- MUMFORD, L. (1938). *The Culture of the Cities*, San Diego / Nueva York / Londres: Harvest HBJ, reeditada en 1970.
- MUMFORD, L. (1966). *La ciudad en la historia*, Buenos Aires: Infinito, 2 vols.
- MUNIF, A. (1996). *Història de una ciutat. Una infantesa a Ammam*, Barcelona: Proa.
- NIETZSCHE, F. (1972). *Así habló Zaratustra*, Madrid: Alianza.
- PALMIER, J.-M. (1997). «El flâneur de Berlín», prólogo de HESSEL, F. *Paseos por Berlín*, pp. 9-31.
- PLATÓN (1993). *La República o el Estado*, Madrid: Edaf.
- POE, E. A. (1845). «The Man of the Crowd», en *Tales*, Nueva York: Wiley and Putnam.
- POPPER, K. (1998). *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona: Paidós, 7ª ed.
- RAPOPORT, A. (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las ciencias sociales con el diseño de la forma urbana*, Barcelona: Gustavo Gili.
- REGUILLO, R. (1991). *En la calle otra vez. Las bandas, identidad urbana y comunicación*, Guadalajara: ITESO.
- _(1995): «Pensar la ciudad desde la comunicación», en GALINDO, J. y C. LUNA (coords.) *Campo académico de la comunicación: hacia una construcción reflexiva*, México: ITESO/CONACULTA, pp. 109-132.
- RIZO GARCÍA, M. (2005). La ciudad como objeto de estudio de la comunicación. Hipótesis, preguntas y rutas para la construcción de un Estado del Arte sobre la línea de investigación 'Ciudad y Comunicación', *Andamios, revista de comunicación social*, nº 2, junio, pp. 197-225.
- ROLIN, O. (2001). *Siete ciudades. Evocaciones literarias de Buenos Aires, Trieste, Lisboa, Alejandría, Leningrado, Praga y Valparaíso*, Barcelona: Península.
- RONCAYOLO, M. (1988). *La ciudad*, Barcelona: Paidós.
- ROUSSEAU, J.J. (1848). *Les rêveries du promeneur solitaire*, edición crítica de John S. Spink a partir de manuscritos autografiados, París: M. Didier.
- _(1994). *Carta a D'Alambert sobre los espectáculos*, Madrid: Tecnos.
- _(1998). *Emilio o De la educación*, Madrid: Alianza.
- SANTOS, M. (1987). *O espaço do cidadão*, Brasil: Nobel.
- SARRE, J.P. (1979). *Un teatro de situaciones*, Buenos Aires: Losada.
- SEBEOK, TH. A. y J. UMIKER-SEBEOK (1987). *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce: el método de la investigación*, Barcelona: Paidós.
- SENNET, R. (1974). *El declive del hombre público*, Barcelona: Península.
- _(1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid: Alianza Editorial.
- SILVA, A. (1993). *Los imaginarios urbanos en América Latina. La ciudad deseada*, Caracas: FUNDARTE Ateneo de Caracas.

SIMMEL, G. y M. CACCIARI (eds.) (1973). *Metropolis: saggi sulla grande città*, Roma: Officina.

SPENGLER, O. (1989). *La decadencia de Occidente: Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid: Espasa-Calpe, 14ª ed.

WEBER, M. (1987). *La ciudad*, Madrid: La Piqueta.

WOLFFZTEL, F. (1996). *Le discours du voyageur*, París : PUF.

Notas al capítulo 2

¹ Optamos por no traducir el término *flâneur* dado que «el paseante que calleja» no recoge en absoluto toda la riqueza de matices de la literatura que diversos autores han desarrollado en el tránsito de los siglos XIX y XX. Aunque haremos referencia a diversos autores, nos centraremos preferentemente en los estudios de Walter Benjamin en su *Libro de los pasajes* (2005: 421-457): «M [El *flâneur*]». A propósito, Benjamin dice que «la base social del callejeo es el periodismo.» (p. 449)

² La expresión Sociedad de Cultura y Comunicación de Masas (SCCM) nos permite estudiar y contemplar preferentemente la historia de las sociedades contemporáneas (últimos ciento cincuenta años) o sociedades industriales en avance progresivo. En algunos países, como es el caso de Inglaterra o Francia, la SCCM, donde el proceso de industrialización comenzó antes, ese concepto ya se podría aplicar desde mediados del siglo XIX. En cualquier caso, la evolución de esas sociedades supuso un conjunto de procesos sociales en los que cuajó lo que en términos generales se conoce históricamente como urbanización, industrialización y modernización. Ese triple proceso correspondería al modelo clásico y pionero. En sociedades más atrasadas socioeconómica y tecnológicamente se incorporarían más tarde a esas transformaciones y no siempre se produciría esos tres procesos de manera combinada y en paralelo.

La utilidad de la expresión SCCM hay que entenderla no como un concepto histórico, y en consecuencia no como una categoría, sino fundamentalmente: i) como un referente de pensamiento: pensar la sociedad a partir de esa expresión de sociedad de cultura y comunicación de masas; ii) como un procedimiento para observar la realidad, como un itinerario metodológico de cómo acercarse a esa sociedad de cultura y comunicación de masas; y, iii) como una manera de entender la sociedad, como un espacio metodológico para volver a leer o para releer la historia cultural.

³ «Travel Writing», *Granta*, nº 10, 1 diciembre, 1983. «Travel», *Granta*, nº 26, 1 marzo, 1989. «Necessary Journeys», *Granta*, nº 73, 1 marzo, 2001.

⁴ Una ciudad es la manera que la gente tiene de ver las cosas, su manera de hablar, su manera de comportarse ante los acontecimientos, de afrontarlos y de superarlos. Una ciudad son los sueños y las decepciones que han vivido su gente, tanto los sueños que se han hecho realidad como los que se han visto frustrados y han dejado huellas y heridas. Una ciudad son los momentos de júbilo y de tristeza de su gente. Una ciudad es la manera de recibir al que la quiere y la manera de volver la espalda al que no la aprecia. Una ciudad es el llanto de despedida de aquellos que se han ido, por fuerza, temporalmente o para siempre. Una ciudad es la sonrisa con la que son recibidos los que vuelven. Una ciudad es todo esto y muchas otras pequeñas cosas, imposibles de recuperar.

